

(Transcripción)

Coimbatore, 21 de enero de 2003

El arte de amar y el mundo unido

Mensaje de Chiara Lubich leído por Natalia Dallapiccola en el encuentro en la Universidad Avinashilingan ante jóvenes y autoridades civiles y religiosas.

Queridos jóvenes,
Señoras y Señores:

Estoy muy contenta de estar nuevamente aquí, en Coimbatore, en esta amada ciudad que ha querido complacerme, hace dos años, con el título de “Defensor de la paz”.

En aquella feliz ocasión, y para honrar esa condecoración, asumí el compromiso de reavivar entre aquellas personas y grupos que encontraría en todas las ciudades y naciones que visitaría, la comunión fraternal, la solidaridad, la unidad, que es garantía de paz y el carisma específico de mi Movimiento.

Es precisamente lo que quisiera hacer también hoy, aquí con vosotros, dirigiéndome en especial a los numerosos jóvenes.

Los jóvenes (lo sé por experiencia, ya que pertenezco a un Movimiento constituido también por cientos de miles y, quizás, por millones de jóvenes de todo el mundo) tienen algo especial. Tienen normalmente en sus corazones y en sus mentes unas antenas que saben captar ondas diversas, nuevas y sublimes, que otros no saben captar.

Su edad les da la libertad de nutrir pensamientos y aspiraciones nobles como son la paz, la justicia, la libertad, la unidad; les permite soñar realizaciones que a otros parecerían utópicas, como el que un día, no obstante las diferencias entre razas, lenguas, pueblos, religiones, veamos florecer en nuestro planeta la fraternidad entre todos. Prevén y están dispuestos a echar una mano en su realización, un mundo nuevo, más bueno, más feliz, más unido, sobre todo un mundo de paz más digno del tercer milenio iniciado hace poco.

Y estoy segura que también en vuestros corazones, jóvenes aquí presentes, albergan, si no siempre por lo menos algunas veces, aspiraciones de este tipo.

Pero ¿todavía es de actualidad la paz? ¿Podemos hablar de fraternidad universal y de mundo unido?

Ciertamente, y quizás debamos trabajar para ello más que nunca. No solamente por las decenas de guerras abiertas en muchos lugares de nuestro planeta, sino también porque hoy la paz y la fraternidad se ven amenazadas de forma diferente, más solapada.

Mirad: aunque haya transcurrido ya algo más de un año, seguramente todavía está presente en vuestros corazones ese tristísimo 11 de septiembre del 2001 cuando se derrumbaron las Torres Gemelas de Nueva York. A partir de ese día, y también con la expansión del terrorismo generalizado, hemos entrado en realidad en un tiempo singular que se podría definir: “Después del 11 de septiembre”. Pues bien, ante esta situación y las demás formas de violencia, cada vez más se va abriendo camino el pensamiento de espíritus selectos e iluminados que todo ello no sea fruto solamente del odio entre los individuos o los pueblos, sino también consecuencia de la oscura fuerza del Mal –con la M mayúscula-, de las Tinieblas, como dijo también Juan Pablo II, el Papa.

Por tanto la situación es seria. Porque si las cosas están así, no basta con oponerse a este gran peligro únicamente con las fuerzas humanas. Es necesario contar con las fuerzas del Bien con la B mayúscula. Y todos vosotros sabéis quien es este Bien: es Dios ante todo, y con Él todo lo que tiene raíces en Él: el mundo del espíritu, de los grandes valores, del amor verdadero, de la oración. Ese Dios del que Mahatma Gandhi escribió admirablemente: "Con la mano en el corazón puedo declarar que ni en

un solo momento de mi vida he olvidado a Dios. Por más de veinte años lo he hecho todo como si estuviese ante la presencia de Dios”¹.

Es con la fe en Dios y sobre todo con la fuerza de la oración con lo que debemos contar. En ello radica el por qué del encuentro de Asís, ciudad de san Francisco, donde el Papa invitó a los representantes de las religiones más grandes del mundo para implorar al Cielo la paz.

Pero si la oración es sumamente importante, parece insuficiente y esto se comprende si se conocen bien las causas más profundas de la dramática situación actual.

Vosotros también sabéis que en el mundo no es que reine la justicia, que hay ricos y pobres, hambrientos, cuando el plan de Dios sobre la humanidad sería, al contrario, el que seamos todos hermanos, componiendo una sola gran familia con un solo Padre. Pues bien, justamente este desequilibrio es uno de los factores y tal vez el más determinante, que genera rencor, hostilidad, venganza, terrorismo.

Entonces, ¿cómo crear una mayor igualdad? ¿Cómo suscitar una cierta comunión de bienes?

Es evidente que los bienes no se mueven si no se mueven los corazones. Es necesario, por tanto, difundir el amor, ese amor recíproco que genera la fraternidad. ¡Es necesario invadir el mundo con el amor! Empezando por nosotros mismos.

Pero quizás entre los presentes, algunos me podrían preguntar: “¿Es compatible este amor, el amarse, con un estilo de vida que nuestra cultura y nuestra religión nos han transmitido?”.

Sí, es posible: id a buscar en vuestros Libros sagrados y encontrareis –se encuentra en casi todas partes- la llamada “Regla de oro”. El cristianismo la conoce así: “Hagan por los demás lo que quieren que los hombres hagan por ustedes” (cf *Lc* 6,31). Y dice así el Mahabharata: “No hagas a los demás lo que te causaría dolor si te lo hiciesen a ti”²; o como ha dicho estupendamente Mahatma Gandhi: “Tu y yo somos una cosa sola. No puedo herirte sin causarme daño a mí mismo”³. Son todas frases que piden el respeto por los demás. Y para tener respeto hay que amar.

Amar pues: es uno de los grandes secretos del momento.

Sin embargo el amor que tenemos que practicar es un amor especial, tiene ciertas cualidades.

Pide, por ejemplo, que se ame a todos sin distinción entre el antipático y el simpático, el guapo o el feo, el grande o el pequeño, entre mi compatriota o el extranjero, el blanco o el negro o el amarillo, el americano, el africano o el japonés, el cristiano, el musulmán o el budista. A todos hay que amar de igual manera.

Dice aún el Mahatma Gandhi: “La regla de oro consiste en ‘ser amigos del mundo y considerar ‘una’ a toda la familia humana. Quien distingue entre fieles de la propia religión y los de otra, deseduca a los miembros de la suya y abre al camino del rechazo y de la irreligión”⁴.

Además este amor demanda que seamos los primeros en amar, sin esperar que el otro sea amable con nosotros o nos sonría. No hay que esperar ser amados, sino dar nosotros el primer paso.

Aún más, hay que amar al otro como así mismo, compartiendo sus dolores, sus éxitos, sus alegrías... Pensad: si entre los pueblos se pusiese en práctica esta sencilla regla, los hombres amarían la patria de los demás como la propia y no habrían más guerras.

Es éste un amor que ama concretamente, no sólo con la palabra sino con los hechos. Si en el colegio hay un compañero de clase al que le cuesta estudiar, esto quiere decir ayudarlo, estudiar tal vez con él. Si uno tiene hambre, darle de comer, si está enfermo, ir a visitarlo...

Es un amor fuerte que está dispuesto a amar incluso al enemigo, a rezar por él, a vencer las ofensas con el perdón.

Como dice un proverbio vuestro: “El hacha corta la madera de sándalo al tiempo que éste le entrega su virtud perfumándola”⁵. En efecto, una de las cualidades de este amor es saber perdonar. La

misericordia se tiene que volver una costumbre nuestra cotidiana, y la reconciliación entre todos una norma constante de nuestra vida.

Después, si esto lo viven dos o más personas, dos o más jóvenes, se da el amor recíproco, y éste es el secreto, el camino seguro para construir la paz y la unidad, para realizar la fraternidad en la tierra.

Este amor que llena de alegría a quien lo pone en práctica, requiere también compromiso, esfuerzo, valor, entrenamiento. No se puede construir la paz sin sacrificio.

Entonces, ¡ánimo queridos jóvenes! Depende mucho de vosotros. Aprended este arte de amar, porque es un verdadero arte, un arte divino, y veréis cosas nunca vistas. Observemos el ejemplo de los primeros cristianos, sobre todo ellos sabían amar, Pues bien, después de poco tiempo habían conquistado todo el mundo occidental en aquel tiempo conocido. Por ello Tertuliano, uno de ellos, una gran figura de su tiempo, decía: “Hemos nacido ayer y ya hemos invadido el mundo”⁶.

Que nadie os supere en generosidad y decisión.

Lo mejor que puedo desearos es que encontréis la felicidad empezando enseguida a poner en práctica este amor: en las familias, en las escuelas, en los distritos y barrios de vuestras ciudades y que lo distribuyáis a todos. Que muchos otros jóvenes y también adultos, impactados por vuestro amor, puedan decir: “Yo también quiero vivir como vosotros”.

Si hacéis así, si todos hacemos así, la fraternidad universal se extenderá, florecerá la solidaridad, los bienes serán mejor distribuidos y podrá resplandecer en el mundo el arco iris de la paz: sobre ese mundo que dentro de pocos años estará en vuestras manos.

Gracias por vuestra escucha.

Chiara Lubich

¹ Young India, 27 de enero de 1927: C.W., vol. 32, 1969, p.571.

² Mahabharata 5: 1517.

³ Cit. por W. Mühs, *Parole del cuore*, Milán 1996, p.82.

⁴ *In buona compagnia*, a cargo de Claudio Mantovano, Roma, 2001, p. 11.

⁵ De la hindi del *Ramacaritamanasa*, *Uttara-kanda*, 36,4.

⁶ Cf TERTULLIANO, *Apologético*, 37,7.